

“Latinos” en los Estados Unidos: una aproximación global a los procesos demográficos, socioeconómicos y políticos

Maria Ofelia Rodríguez Soriano, Investigadora del Centro de Estudios sobre Estados Unidos (CESEU), Universidad de La Habana

Entre las tendencias que caracterizan en la actualidad a los Estados Unidos se encuentra el incremento, gradual y progresivo, de la población de origen latinoamericano, que desde las dos últimas décadas del siglo XX fue transformando el panorama demográfico, étnico y social de ese país, con implicaciones relevantes para su economía, política y cultura. Ese proceso es mucho más que un auge cuantitativo. Además del crecimiento numérico de dicha población —a través del constante flujo de inmigrantes y de la reproducción biológica de la misma, que propicia la aparición de una segunda y hasta una tercera generación de “latinos” en la sociedad norteamericana— el fenómeno conlleva una renovada y creciente presencia cualitativa en las estructuras sociales y económicas, en la vida política y en las instituciones culturales de la nación estadounidense. Ese es el marco a partir del cual se ha venido afirmando, con razón, que se trata de un doble proceso, en el que los latinos están cambiando a la sociedad norteamericana, y al mismo tiempo, son transformados por esta.

El presente trabajo intenta aproximarse, desde una perspectiva global, al entramado de características y circunstancias en las que la población “latina” se inserta en esa sociedad, con el objetivo de presentar un panorama que permita ubicar sus implicaciones sobresalientes, así como comprender las principales tendencias que esos procesos —de índole principalmente demográfica, socioeconómica y política— llevan consigo, al desplegarse la primera década del siglo XXI. El análisis que sigue no pretende ser exhaustivo; por el contrario, es solo una aproximación resumida a un tema de gran relevancia para los estudios americanos.

El contexto histórico y el enfoque de las ciencias sociales

La inmigración en los Estados Unidos es consustancial a su propia historia. Propiciada en buena medida por el proceso de colonización, que asentó en ese país a representantes de diversos sectores sociales de la metrópoli inglesa y desde 1619 trasladó en calidad de sirvientes y esclavos a nativos de África —situación que se extendió por más de dos siglos— pero debido también a otros factores de índole socio-religiosa y económica que tuvieron lugar en el continente europeo, los Estados Unidos, desde su conformación como nación, estuvieron constituidos por inmigrantes de diversos orígenes. Esa es la razón por la cual se le define como una sociedad multiétnica, en cuya evolución se irían insertando de modo gradual tanto

escoceses, como irlandeses, italianos y polacos, entre las oleadas europeas más importantes.

Los llamados padres fundadores de la nación —quienes eran predominantemente blancos, ingleses y protestantes—¹ la definieron en términos de raza, etnicidad, cultura y religión, imponiendo sus valores, instituciones y cultura, y modelando el desarrollo de los Estados Unidos para los siglos posteriores. En consecuencia, Thomas Jefferson estableció en la *Declaración de Independencia* los principios ideológicos, basados en el dominio de la raza blanca inglesa y en los valores religiosos protestantes, los que han conformado lo que se conoce como “credo americano” y que se ha transmitido de generación en generación como un componente esencial de la “identidad americana”.²

Durante varios siglos y hasta un poco más de la mitad del XX la inmigración hacia ese país fue fundamentalmente de origen europeo, lo que no niega el hecho de que también arribaban personas desde otras regiones del planeta, aunque en menor medida. De hecho, la presencia de personas de origen latinoamericano precede a los primeros asentamientos británicos y a la fundación de la nación por más de un siglo. Y hasta 1848, la mayor parte de lo que es hoy el suroeste estadounidense perteneció a México, y fue poblado por mexicanos y nativos de este continente.³ Pero en fecha más reciente, especialmente desde unos años después de concluida la

¹ Las personas de esas características en los Estados Unidos se identifican comúnmente con las siglas en inglés WASP (que significan “White Anglo-Saxon Protestant”).

² Una de las expresiones de esa identidad es la creencia en la superioridad de la América anglófona que ellos identificaron desde un inicio como “la América”, desconociendo los derechos de los restantes países del continente y de los nativos de estas tierras. Es esa la razón principal por la que me opongo al uso del vocablo “América” para referirse a los Estados Unidos, así como los restantes que se derivan de aquel, entre ellos: “americano-a”, “norteamericano-a” —como si fuesen ellos los únicos habitantes de esa región. En el caso de las combinaciones “afroamericanos”, “asiáticoamericanos”, “cubanoamericanos”, “méxicoamericanos” y otras similares, tampoco coincide con su utilización. Sin embargo, en ocasiones se hace casi inevitable su uso pues ya el mismo está generalizado incluso en la literatura científica. De cualquier modo, cuando sean utilizados en el presente trabajo, aparecerán situados entre comillas como constancia de mi insatisfacción con la adopción de los mismos.

³ En ese año fue firmado el Tratado Guadalupe-Hidalgo, que puso fin a una guerra de dos años, con lo cual México perdió la mitad de su territorio, que pasó entonces a pertenecer a los Estados Unidos. De acuerdo con el tratado, los mexicanos que decidieran permanecer en la parte estadounidense de la nueva frontera tendrían garantizados todos sus derechos, al igual que el resto de los ciudadanos estadounidenses “dignos”, incluyendo los derechos a la propiedad de la tierra, al uso del idioma español, participación política y acceso a la educación. A partir de este momento se desató una fuerte migración mexicana entre ambos países, ya que el tratado y la nueva frontera establecían una separación geográfica, pero las redes familiares entre un lado y otro continuaban existiendo, lo que impulsaba a aquellas personas a trasladarse en uno u otro sentido constantemente. Varias décadas más tarde, a partir de los años 90 del propio siglo XIX, más mexicanos comenzaron a migrar a la parte norteamericana de la frontera buscando trabajo, y luego, a partir de 1910, otros lo hacían intentando escapar de la difícil situación en que se encontraba su país durante y después de concluida la Revolución Mexicana. Ver José de Jesús Muñoz Serrano, *Migration Corridors: “The Point of View of Undocumented People and Its Implications for The Mexican Origin Population in The U.S.”*, *Revista Diálogo, Estados Unidos*, 2000, p. 9.

II Guerra Mundial, la confusión política, la depresión económica y la creciente intervención de los Estados Unidos en los asuntos de América Latina, la inmigración desde esta región hacia los Estados Unidos se ha incrementado significativamente, produciendo un cambio radical en la procedencia de los inmigrantes que continuaron arribando a este país, y que continúan haciéndolo hasta hoy.⁴

Los factores que marcaron ese punto de inflexión y la nueva etapa que se extiende hasta la actualidad han sido diversos. De una parte, los *baby-boomers*, que revolucionaron la sociedad de la posguerra y propiciaron las altas tasas de natalidad entre la población de origen latinoamericano en los Estados Unidos. De otra, el continuo arribo de personas procedentes de diferentes países latinoamericanos, en los que el creciente deterioro socioeconómico,⁵ impulsa a un número considerable de latinoamericanos a partir hacia los Estados Unidos en busca de mejores estándares de vida, o al menos de un empleo para subsistir, muchos de ellos atraídos por la imagen que los medios de difusión masiva difunden, exaltando las virtudes del *american way of life* o ‘el sueño americano’. A ello se une el hecho de que a partir del Triunfo de la Revolución Cubana, con el auge de los movimientos revolucionarios en América Latina, muchos emigran hacia el norte, huyendo del “peligro comunista”, procurando presentarse en calidad de refugiados políticos.

La represión gubernamental, característica de los regímenes militares sustentados por los Estados Unidos en varios países latinoamericanos, ha provocado otras migraciones. De otra parte, las regulaciones migratorias de los Estados Unidos han desempeñado un importante papel en ese sentido, sobre todo a partir de la ley migratoria de 1965, que otorgó preferencia a la reunificación familiar pretendiendo privilegiar el acceso de europeos, pero que terminó favoreciendo la entrada de latinoamericanos; así como otras políticas de asistencia militar y económica en los años 80 que agudizaron el conflicto en Centroamérica, y la depauperación de las economías latinoamericanas a partir de las políticas de ajuste estructural de la

⁴ Sobre la transformación de la inmigración en los Estados Unidos puede consultarse el artículo de Marcelo Suárez-Orozco y Doris Summer, “Becoming Latin@s”, publicado en *DRCLAS News*, Harvard University, Estados Unidos, 2000.

⁵ Algunos autores como Juan González en su libro *A History of Latinos in America. Harvest of Empire*, Ed. Viking, Penguin Books, New Cork, 2000, llaman la atención acerca de la responsabilidad histórica de la política imperialista estadounidense en la emigración latinoamericana hacia ese país, señalando incluso la existencia en la actualidad de un flujo en dos sentidos: uno de capital estadounidense hacia el sur y otro de fuerza de trabajo latinoamericana hacia el norte, lo que representa muchas más ganancias que pérdidas para la potencia nortea, en tanto le permite asegurar sus inversiones y consolidar su poderío sobre las economías de la región; al mismo tiempo que cubre sus necesidades de fuerza de trabajo, sobre todo en aquellos empleos que no resultan atractivos para los nacionales, con mano de obra más barata.

llamada década perdida y la crisis provocada por la puesta en práctica del modelo neoliberal.⁶

Así, con el paso de los siglos, la sociedad norteamericana se ha tornado cada vez más heterogénea, con las continuas oleadas migratorias que han propiciado la incorporación sucesiva de inmigrantes de los más diversos orígenes nacionales, pero también de muy diferentes razas, religiones, sectores y clases sociales. Eso la ha convertido al mismo tiempo en una sociedad altamente estratificada, en la que los blancos anglosajones y protestantes se ubican en la cúspide de la pirámide social, y existen evidentes desigualdades sociales entre ellos y los grupos que se ubican en las restantes posiciones. Se trata de una estructura social a la que son inherentes todo tipo de desigualdades.

En virtud de esa realidad, diversos paradigmas teóricos han tratado de desentrañar el carácter de las relaciones entre los diferentes grupos y sectores sociales, y más específicamente entre las supuestas “mayoría”⁷ y “minorías” en la sociedad norteamericana, en un proceso continuo de asimilación-confrontación, donde la cercanía de cada grupo a uno de los polos para el caso de las “minorías étnicas” está determinada por un conjunto de variables, entre las cuales pueden mencionarse: el país de procedencia y la cultura originaria de los inmigrantes, las circunstancias sociohistóricas en que tuvo lugar su proceso migratorio y como resultado de aquel su asentamiento en los Estados Unidos, así como el estado de la economía norteamericana en el momento de su arribo, entre otros factores de índole religiosa, racial, política y social.⁸

⁶ Para el análisis de los factores que han favorecido la creciente inmigración de procedencia latinoamericana en los Estados Unidos pueden consultarse el libro de Marcelo M. Suárez-Orozco y Marcela M. Páez, *Latinos Remaking América*, David Rockefeller Center For Latin American Studies, Harvard University and The University of California Press, Ltd., U.S.A., 2002 (específicamente la Introducción); así como la Tesis en Opción al Grado de Doctor en Ciencias Económicas de Luis René Fernández Tabío, CESEU, UH, 2004.

⁷ Con este término se pretende identificar al grupo compuesto por los blancos anglosajones-protestantes (WASP), los que gozan de todos los privilegios en la sociedad norteamericana.

⁸ Según esas teorías, una completa asimilación implica una adopción incondicional por el grupo “minoritario” de que se trate de las normas, valores, instituciones y estándares de la cultura anglosajona —entre ellos el protestantismo, la lengua y los patrones culturales ingleses; en otras palabras, la absoluta identificación en base a aquellos patrones con el grupo dominante, lo que algunos encubren con el eufemismo de “estadounidización”. Por su parte, la tradición teórica del “melting pot” o “metáfora del crisol americano” proponía la confluencia de diversos grupos étnicos, los cuales se irían mezclando y fundiendo hasta perder cada uno su identidad propia y dar lugar a una raza —cultura, sociedad— nueva, cualitativamente superior. El lema de “E Pluribus Unum” (la búsqueda de la unidad a partir de la pluralidad, la idea de la amalgama de razas y nacionalidades que daría lugar a una población sui géneris), a pesar de que fue duramente criticada desde comienzos del siglo XX, funcionó durante un tiempo como una fachada que pretendía encubrir la naturaleza étnica diversa de la realidad social y cultural de Estados Unidos. En la década de los años 60 se sustituyó la idea del “crisol” por la de una “ensaladera”, que partía del supuesto de que los distintos grupos étnicos conservarían sus identidades distintivas. Surgieron, además de este, otros modelos teóricos basados en el pluralismo cultural estadounidense, que cuestionaban

Pertenecer a una minoría en los Estados Unidos significa ser miembro de alguno de aquellos grupos étnicos, raciales y sexuales, diferentes del modelo cultural de los blancos anglosajones. Esta denominación ha sido impuesta por el grupo dominante y posee una connotación peyorativa —en tanto denomina a segmentos de la sociedad que ocupan un status subordinado dentro de la estructura social norteamericana, lo que se traduce en una experiencia de discriminación, segregación, racismo, intolerancia, desventajas socioeconómicas significativas y desigualdad de oportunidades e inequidad en estándares de vida desfavorables para ellos si se les compara con la también mal llamada “mayoría blanca anglosajona y protestante”, todo lo cual en no pocos casos se ha revertido para aquellos en autoanulación y autosegregación.⁹

Durante las últimas décadas de la pasada centuria y los primeros años del siglo XXI, el proceso de transformación gradual que había comenzado después de la Segunda Guerra Mundial se ha hecho especialmente significativo. En el año 2000, más de un cuarto de la población de los Estados Unidos estaba compuesta por miembros de minorías étnicas, incluyendo fundamentalmente “afroamericanos”, personas de origen latinoamericano¹⁰ y “asiático-americanos”, y el futuro augura cambios aún más connotados. Además, los científicos del Buró del Censo de los

el paradigma asimilacionista y postulaban una persistencia de las divisiones étnicas de la sociedad en el tiempo. El multiculturalismo sitúa el énfasis en la pluralidad cultural considerándola saludable, considerando que la coexistencia de una multiplicidad de razas y etnias es más coherente con los valores, instituciones e “ideales democráticos” de la nación. Para un análisis más detallado de esas teorías puede consultarse los trabajos: Carlos González Gutiérrez, “Entre la asimilación y el multiculturalismo. Las relaciones mayoría-minorías en los Estados Unidos”, en *¿Qué son los Estados Unidos?*, Rafael Fernández de Castro y Claudia Franco Hijuelos (compiladores), ITAM, México, 1996, pp. 229-264; y Carl N. Degler “Un reto para el Multiculturalismo”, *Revista Facetas*, No. 4, 1992.

⁹ Mi cuestionamiento al concepto de “minoría” así esbozado parte no solo de la concepción de las relaciones “minorías”-“mayoría” que le es sustantiva, sino que además está avalado en proyecciones y estimaciones demográficas científicamente fundamentadas que auguran importantes transformaciones en la composición de la población norteamericana en los próximos cincuenta años, de lo que se derivarán inevitablemente cambios estructurales con múltiples implicaciones para la dinámica de las relaciones políticas, económicas, culturales y sociales en general. Es por ello que cada vez que se utilice el término en el presente trabajo, así como el de “mayoría”, ambos aparecerán entrecomillados.

¹⁰ Prefiero esta denominación a la de “latinos” y mucho más a la de “hispanos”. Sin embargo, las aclaraciones terminológicas y conceptuales, así como las razones que las sustentan, aparecerán expuestas más adelante en este mismo trabajo. Ahora me limito a apuntar que siempre que sea posible, usaré la expresión de *personas o comunidades de origen latinoamericano*, o el vocablo “*latinos-as*” (de ese modo, entrecomillado), cuando sea preciso para evitar redundancias. En el caso del término “americano(s)” en referencia a los Estados Unidos, así como las múltiples expresiones combinadas que lo utilizan, por ejemplo: “afroamericanos”, “asiáticoamericanos”, “mexicoamericanos”, “cubanoamericanos”, entre otros—tampoco coincido con esas denominaciones, pero ese es un debate que rebasa los marcos de este trabajo, por lo que los usaré indistintamente, pero también entre comillas.

Estados Unidos¹¹ han pronosticado que para el año 2050 alrededor del 50% de la población de ese país será de miembros de grupos “minoritarios”, lo que convertirá los términos “minoría” y “mayoría” —tal como son concebidos actualmente— definitivamente en anacronismos. Esa cada vez más obvia realidad demográfica evidencia que los Estados Unidos están dejando de ser un país con una población de origen predominantemente blanco y europeo. En su lugar, el porvenir de ese país estará ligado en mayor medida a la suerte de una mezcla heterogénea de arribantes relativamente recientes procedentes de Asia, el Caribe, otras regiones del mundo, y principalmente de América Latina.¹²

De acuerdo también con datos del Buró del Censo de los Estados Unidos, la población de origen latinoamericano de ese país creció en 12 951 759 personas entre 1990 y el 2000 —de aproximadamente 22,4 millones en 1990 a 35,3 millones en el 2000—¹³ y en el año 2001, después de alcanzar los 37 millones, ya los “latinos” se habían convertido en la “minoría” étnica mayor en ese país, sobrepasando en número a los “afroamericanos”.¹⁴ Asimismo, se estima que si se mantienen los ritmos de crecimiento actuales en esa población, en solo dos generaciones los Estados Unidos tendrán el segundo mayor número de “latinos” en el mundo, después de México; y que para el año 2050 aproximadamente un 25% del total de personas del país —alrededor de 100 millones de personas— será de origen latinoamericano.¹⁵

Empero, ese crecimiento demográfico trae aparejada una evidente presencia “latina” con sus consiguientes implicaciones en todas las esferas de la vida de la sociedad norteamericana, sobre todo en la política, la economía y la cultura en general. En la pasada década, el proceso que se ha comenzado a llamar “latinización”, se ha convertido en objeto de análisis científico desde diversas perspectivas disciplinares de las ciencias sociales. En los últimos años sobre todo, han tomado auge los estudios también cuantitativos, pero privilegiadamente cualitativos que examinan las diferentes aristas o dimensiones de este fenómeno, desde ciencias sociales como la sociología, la historia, la filosofía, el derecho, la economía, las ciencias políticas, la antropología, la psicología, entre otras, incluyendo perspectivas trans, inter y multidisciplinarias, que intentan dar cuenta de la complejidad del fenómeno tratado.

¹¹ Debe recordarse que las estadísticas censales comprenden los individuos registrados, no los que se consideran ilegales o indocumentados. Si estos fueran considerados, las cifras se incrementarían considerablemente.

¹² Véase Marcelo M. Suárez-Orozco y Marcela M. Páez, Ob. cit. Específicamente la introducción, pp. 1 y 2.

¹³ Ver www.census.gov/socdemo/population2002.

¹⁴ Genaro C. Armas, “Hispanics Now Outnumber Blacks in U.S.”, *The Associated Press*, January 22, 2003.

¹⁵ Marcelo M. Suárez-Orozco y Marcela M. Páez, Ob. cit., pp. 1-2.

El abordaje creciente de los fenómenos relacionados con la población de origen latinoamericano en los Estados Unidos como objeto de investigación responde también a una creciente interiorización de la importancia del tema de los movimientos sociales en el contexto estadounidense, norteamericano, americano (comprendiendo los dos continentes) y mundial de hoy. Los “latinos” conservan una rica tradición de lucha y una vasta experiencia en la organización de movimientos sociales como respuestas colectivas a la situación de opresión y discriminación de que han sido objeto durante largo tiempo, que los convierten en una preocupación latente y en una amenaza potencial para quienes intentan mantener el predominio de la globalización neoliberal y la supervivencia del actual orden mundial injusto en el planeta. La posibilidad de que puedan cobrar mayor fuerza y subvertir las estructuras de poder y mecanismos de dominación actualmente existentes, acentúa lo que se ha denominado como el “terror latino” entre sus detractores, a la vez que se constituye en expresión de los más fervientes anhelos de las fuerzas democráticas que pretenden construir un mundo mejor.

Sin profundizar en las disquisiciones teórico-filosóficas que pueden derivarse del análisis de la esencia del proceso de “latinización”, cabría preguntarse, en cambio, si la posición o status que ocupa la población de origen latinoamericano en la sociedad estadounidense muestra un mejoramiento o ascenso en los niveles de bienestar socioeconómico, unido a un mayor impacto en la esfera política y cultural (lo que se ha identificado como una tendencia al llamado empoderamiento (enpowerment) de los latinos como fuerza político-social en los Estados Unidos); o si, por el contrario, reafirman su status subordinado, caracterizado por una situación de exclusión, marginación y segregación.

Las reflexiones que siguen comparten la idea de que el ritmo de crecimiento demográfico de la población de origen latinoamericano en los Estados Unidos, a pesar de que se ha hecho notar en las esferas antes mencionadas, no ha traído aparejado iguales niveles de ascenso en las posiciones que ese grupo ocupa dentro de la estructura social, pues continúan siendo desfavorecidos por las desigualdades sociales inherentes al sistema social de ese país, lo que lo ratifica como un grupo de status secundario, relegado en la sociedad, objeto de un tratamiento discriminatorio por los sectores dominantes de la sociedad, basado fundamentalmente en el predominio de la ideología o “credo” de los WASP, según se aludía al inicio.

“¿Latinos o hispanos?”: Un debate inconcluso

Los términos “hispano” y “latino” no tienen nada que ver con la identidad étnica como ella ha sido concebida tradicionalmente, pero sí guardan estrecha relación con la creciente transformación de las poblaciones a que se refieren en el contexto local, regional, y sobre todo nacional de los Estados Unidos, en el que cobra sentido el creciente sentimiento de la necesidad de encontrar un nombre colectivo que las

agrupe, lo que en no pocas ocasiones ha sido estimulado de manera exógena por las fuerzas y condicionamientos políticos.¹⁶ Sin embargo, un sinfín de diferencias sustanciales, al igual que de similitudes, existen entre esas poblaciones.

La elección entre esos términos del más adecuado a la esencia que pretende definir, dio origen a un debate que se ha extendido en el tiempo y al parecer aún está lejos de concluir por la falta de consenso con respecto a varias cuestiones importantes. Es por ello que aquí me limito a presentar las líneas y tendencias más generales, y a expresar mi opinión sobre el asunto.¹⁷

El vocablo “hispano”, a pesar de su uso bastante frecuente, cuenta con no pocos detractores, entre ellos la mayoría de las propias personas que intenta definir y la que suscribe, dado el hecho de que su origen etimológico es atribuido al vocablo inglés *hispanics*, utilizado fundamentalmente con fines políticos, censales —anulador de la diversidad que caracteriza a ese conjunto, y de las diferencias culturales que existen al interior de ellos, al presentarlos como una categoría homogénea— y con un marcado carácter asimilacionista, desde que fue creado por el gobierno federal a inicios de los años setenta, modelando las aspiraciones de un sector de esa población de convertirse en una nueva clase media dentro del contexto de la sociedad estadounidense, manipulados políticamente por los grupos que han detentado el poder político desde la Administración Nixon hasta la actual, quienes desde el primer momento erigieron en falsos paradigmas o modelos de esas comunidades a algunas personas y organizaciones a las que convirtieron en figuras políticas que en su mayoría rápidamente se distanciaron de los reclamos de las comunidades de las que procedían. Esa etiqueta impuesta desde fuera por parte del grupo dominante sigue siendo hoy ampliamente utilizada por el gobierno federal, así como por jurisdicciones políticas locales o estatales cuando registran datos acerca de sus poblaciones. El recién mencionado término se utilizó durante mucho tiempo para designar genéricamente a “personas hispanohablantes”. Sin embargo, ahí radica otro de los problemas con el mismo, ya que muchas de esas personas no hablan español, o no lo hacen de modo fluido.

En otros momentos se definió como “personas de apellido español”, lo cual tampoco resulta adecuado, pues no todas ellas lo poseen. Hay muchos que los han perdido por matrimonios interétnicos, otros porque son descendientes de

¹⁶ Véase Joan Moore, “Hispanic/Latino: imposed label or real identity?” *Latino Studies Journal*, Vol. 1, Issue I. May, 1990.

¹⁷ Para adoptar esta postura he consultado más de una veintena de autores que se ubican en diferentes tendencias, pero me identifico fundamentalmente con los criterios de Rodolfo Acuña, citados por Axel Ramírez en su trabajo “La población de origen hispano en Estados Unidos entre 1961 y 1989”, en *Norteamérica: Relaciones Políticas, Espacio y Sociedad*, Iliana Bernal Ferrer (compiladora), UNAM, 1994, pp. 146 y 147; con el de Antonio Torres, *Culturas Latinas en Estados Unidos*, Universidad de Barcelona, España, 2001. (Publicación Electrónica.) Así como el trabajo publicado en Internet “Hispanics in the U.S.: An Insight into Group Characteristics”, January, 14, 2000.

inmigrantes procedentes de otras culturas que también se asentaron en la región, y algunos sencillamente porque como parte del proceso de asimilación, han decidido cambiárselo.

Algunas veces, incluso, se ha utilizado *hispanics* para hacer referencia a su vínculo con los “españoles”. Sin embargo, la población de la que aquí se trata es originaria en su mayor parte de América Latina y prefiere no ser identificada con España por la trágica experiencia colonial vivida; además de que debe tenerse también presente que los orígenes de este continente no se remontan solo a los españoles, sino que mezclan también a africanos, nativos americanos, europeos de otros países —entre ellos portugueses— por solo mencionar los grupos más importantes. De hecho, una buena parte de la población de origen latinoamericano en los Estados Unidos se caracteriza por poseer antecedentes étnicos y raciales mixtos. No obstante, considero pertinente aclarar que su grado de mestizaje ha sido históricamente sobredimensionado, lo que se ha convertido en un factor determinante de la existencia de prejuicios raciales contra esa población (se ha identificado a esas personas históricamente como “no blancas” y ese estereotipo permanece anclado en la mentalidad del ciudadano medio “norteamericano”, a pesar de que desde hace algún tiempo las estadísticas censales reconocen que los “hispanos” o “latinos” pueden ser de diferentes razas). De cualquier modo, no puede obviarse que las definiciones de raza de esos grupos difieren con frecuencia de las establecidas por las normas angloamericanas.

El vocablo “latino”, a diferencia del anterior, ha contado con mayor aceptación entre los miembros de esas comunidades que yo prefiero denominar “personas o comunidades —según sea el caso— de origen latinoamericano en los Estados Unidos”, que con el ánimo de distinguirse del anteriormente señalado han acogido este término con mayor agrado en tanto a nivel de sentido común les resulta más afín a su origen por su cercanía con el de latinoamericano. Sin embargo, no por ello ha estado exento de cuestionamientos críticos; de un lado, porque en sus inicios corrió igual suerte que el anterior dada su utilización para fines políticos que no respondían a los intereses de la mayoría de ellos; y de otro, porque etimológicamente se refiere al uso del latín, idioma que fue utilizado por el imperio romano y por ende en los territorios conquistados por ellos, no solo España y Portugal, lo que hace que muchas de esas naciones aún hoy sean denominadas latinas en sentido histórico.

“Latino” es una especie de término sombrilla bajo el cual se resguardan otras identificaciones étnicas más específicas. Esto se relaciona con las cuestiones de identidad, con respecto a las cuales el criterio que yo he conformado a partir de mis aproximaciones a la temática en los últimos años es el de que las identidades etnoculturales (en relación con el país y la cultura específica de origen) están más

arraigadas que la emergente o supuesta identidad “latina” común (en referencia a la experiencia de vida compartida en los Estados Unidos).¹⁸

Entre esos grupos, los de origen mexicano tienden a utilizar con menos frecuencia el vocablo “latinos”, ya que muchos de ellos lo rechazan al atribuir su origen a los franceses, en la época en que tenían ambiciones imperiales en México, quienes declaraban que tanto México como Francia eran países “latinos”, usando esa conexión con el propósito de imponer un régimen que fue extremadamente impopular entre los mexicanos. A pesar de ello, paulatinamente un número creciente de personas, incluso aquellos cuyos orígenes se remontan a México, se sienten más a gusto con el término.

Empero, su uso no llega a generalizarse en la comunicación diaria entre las personas a que se refiere, sino que es usado más frecuentemente por organizaciones políticas y profesionales “latinas”.

Los miembros de segundas y terceras generaciones —sobre todo estos últimos— tienden a rechazar los términos antes mencionados, y muchos optan por denominarse a sí mismos “estadounidenses” o “americanos” lo que resulta del proceso de asimilación creciente de estos y marca una distancia de la cultura originaria de sus antecesores.

Sin pretender poner fin a un debate que como ya he expresado antes, al parecer se mantendrá por un buen tiempo, desde mi punto de vista el término al que me he adscrito generalmente, el de “personas o comunidades de origen latinoamericano en los Estados Unidos”,¹⁹ guarda una más estrecha relación con el origen vinculado a América Latina, el cual posee en el contexto actual una mayor significación histórica y cultural para los nacidos en esta región.²⁰ Sin embargo, dada su extensión y en aras de evitar redundancias, utilizo alternativamente el término latino-a entrecomillado (“latino” o “latina”, según sea el caso); y aunque con menor frecuencia el de “hispano” o “hispana”, sobre todo cuando tomo como base las fuentes estadísticas y clasificación censales.

A pesar de que se utilizan con frecuencia los términos de “latinos-as” o “hispano-as” para clasificar a toda la población de origen latinoamericano en los Estados

¹⁸ Sobre este tema puede consultarse la ponencia presentada por la autora, con el título *Aproximación sociológica a la identidad y el feminismo en las comunidades de origen latinoamericano en Estados Unidos*, en el XXIV Congreso de la Asociación de Estudios Latinoamericanos (LASA), celebrado en Dallas, Texas, del 27 al 29 de marzo de 2003, en <http://lasa.international.pitt.edu/papers.html/13682RoMa>

¹⁹ Aquí se engloban a todos los que tienen sus orígenes vinculados a esa región, tanto por nacimiento, como por descendencia.

²⁰ Esto no excluye que el propio concepto de América Latina ha sido muy cuestionado en la historia, pero parto para mi decisión de que su adopción para denominar la región es ya un hecho consolidado. Para la conformación de este criterio me han resultado sumamente enriquecedores, además de los reflejados en la nota anterior, los análisis de Carlos Fuentes e Ignacio Medina Núñez, “Los Estados Unidos por dos lenguas”, en *La cultura latinoamericana en Estados Unidos: entre la opresión y la autonomía* (Informe de Investigación).

Unidos, existen marcadas diferencias al interior de la misma por grupos étnicos. Su abordaje, así como el de los patrones de asentamiento de esos respectivos grupos o comunidades étnicas, son considerados de crucial importancia en el tratamiento de los temas relacionados con la identidad de los “latinos” en ese país.²¹

El mayor de esos grupos, compuesto por personas de origen (por nacimiento o descendencia) mexicano, tiene una buena parte de su población vinculada a orígenes que se remontan a las personas que habitaban el norte de México desde mucho antes de 1848, los que eran conocidos como nortños. De hecho, la mayoría de la población de ancestros mexicanos precedió a la población angloparlante del suroeste de los Estados Unidos. Personas hispanohablantes se asentaron tempranamente en varios de los territorios que hoy pertenecen al suroeste de los Estados Unidos, entre ellos: en Nuevo México, desde los años 1600; en Texas y el sur de Arizona a partir del siglo XVIII; y a comienzos de la siguiente centuria en California y Colorado. Adicionalmente, el suroeste experimentó continuas y grandes oleadas de inmigración procedentes de México a partir de la Revolución de 1910 en ese país. La mayoría de la población “latina” establecida en el suroeste de ese país vincula sus orígenes a esas oleadas migratorias. Por último, la dispersión de población de origen mexicano hacia otras regiones, como el medio oeste y los “estados de la Pradera”, ocurrió desde los primeros años de la década de 1920 —por ejemplo, ese es el origen de la mayoría de la población “latina” de Chicago. Desde los años 60 del siglo XX la inmigración de origen mexicano ha crecido considerablemente, y mientras la mayor parte de la nueva población se ha asentado en áreas tradicionales del suroeste, mucha también se ha dispersado por todo los Estados Unidos.

Los puertorriqueños, por su parte, comenzaron a asentarse en el territorio continental de los Estados Unidos inmediatamente después que España cedió esa isla como un resultado de la guerra hispano-cubano-norteamericana de 1898. Los principales asentamientos iniciales ocurrieron en la ciudad de Nueva York (fundamentalmente en Brooklyn, en la década de 1920), pero la mayor inmigración de puertorriqueños ocurrió con el fin de la Segunda Guerra Mundial. Nueva York fue el polo de atracción inicial,²² pero desde los años 50 y con mayor fuerza desde los 60 las personas de origen puertorriqueño se han movido en números significativos a otros destinos, entre ellos: Connecticut, New Jersey, Pennsylvania (Philadelphia, Allentown, Reading), Illinois (Chicago), Massachussets (Boston, Springfield), Ohio (Lorain), el sur de la Florida y la Costa Oeste. Resulta

²¹ Para referirme a los patrones de asentamiento me he apoyado en la revisión de una vasta literatura de carácter histórico, así como en el libro de Marcelo M. Suárez-Orozco y Mariela M. Páez. Ob.cit. y en el trabajo publicado en internet *Hispanics in the United States: An Insight Into Group Characteristics*.

²² Favorecido por vuelos directos establecidos en esa época entre la isla de Puerto Rico y la ciudad de Nueva York.

interesante como información adicional que en las primeras dos décadas del siglo XX hubo un asentamiento considerable de puertorriqueños en Hawai.

Los cubanos emigrados, por su parte, se asentaron en los Estados Unidos a fines del siglo XIX en Nueva York, Cayo Hueso y Tampa. Sin embargo, la mayor emigración desde Cuba hacia ese país tuvo lugar después del Triunfo de la Revolución Cubana de 1959, y desde entonces se han sucedido varias oleadas de inmigrantes cubanos mayoritariamente en el sur de la Florida,²³ Nueva York y Nueva Jersey, donde han constituido importantes comunidades, siendo la más importante la primera de las mencionadas; aunque pueden encontrarse otras en ciudades como Chicago, Nueva Orleans, Atlanta y Los Ángeles.

Desde los años 60 del siglo XX ha tenido lugar una inmigración a gran escala en los Estados Unidos, procedente de diferentes partes de América Latina, sobre todo de América Central —como resultado de la situación y los conflictos políticos en sus países de origen. Se estima que alrededor de una decena de la población de El Salvador ha entrado a los Estados Unidos desde la década de los años 70 de la recién finalizada centuria. De otra parte, considerables cifras de salvadoreños viven ahora en Los Ángeles, la ciudad de Nueva York y Washington D.C. Los guatemaltecos, aunque en menor cuantía, han seguido el patrón salvadoreño, al igual que los nicaragüenses, aunque estos últimos han hecho sentir más su presencia en Miami. Los dominicanos se están convirtiendo en la mayor fuente de inmigrantes latinos en la ciudad de Nueva York, y los colombianos también han establecido una presencia significativa en Nueva York y Miami. En general, por todo el país se han esparcido comunidades cuyos orígenes están vinculados a otras partes de Latinoamérica.

Características demográficas y socioeconómicas actuales

Los Estados Unidos se encuentran entre los cinco países de mayor cantidad de población “latina” en el mundo.²⁴ Se espera que para el 2010 ya la población de origen latinoamericano en los Estados Unidos supere a la población total de Argentina y que en dos generaciones se ubique en el segundo lugar, únicamente superado por México.²⁵

²³ A solo noventa millas de las costa norte cubana.

²⁴ Ya en 1998, los Estados Unidos —que en aquel momento tenía una población aproximada de 30,5 millones— ocupaba el quinto lugar, antecedido únicamente por: México (99,1 millones), España (40,5 millones), Colombia (36,7 millones) y Argentina (35,8 millones); posición que ha ido superando en los últimos años. Ver “The Foreign-Born Population in the United States-March 1999”, *Current Population Reports*. Issued August 2000.

²⁵ *Minority Purchasing Power: 2000 to 2045*, U. S. Department of Commerce. Minority Business Development Agency.. Issued September, 2000.

Según el Censo de 2000, 35 305 818 personas de origen “latino” residían en los Estados Unidos, lo cual representaba aproximadamente un 12,5% de la población total del país.²⁶

En el año 2001, debido al incremento de la inmigración y a sus altas tasa de natalidad, los “latinos” sobrepasaron a los “negros” como la “mayor minoría” del país. Entre abril de 2000 y julio de 2001, la población de origen latinoamericano en los Estados Unidos creció en 4,7% —llegando a 37 millones aproximadamente— mientras los “afroamericanos” experimentaron un ligero incremento del 2% —con un total de 36,1 millones de personas en la última de las fechas mencionadas— y los “asiáticoamericanos” incrementaron su población alcanzando un 4%, convirtiéndose así estos últimos en la tercera “minoría” en importancia del país.²⁷

La población de origen latinoamericano en los Estados Unidos es de naturaleza extremadamente heterogénea, por lo que desafía cualquier generalización. Múltiples contradicciones, tensiones y fisuras —de tipo clasistas, raciales, entre otras— separan a los “latinos” frecuentemente. Asimismo, en virtud de su nación y cultura de origen, ellos tienen diversas historias, sensibilidades culturales y dificultades sociales. Los indicadores de raza y color, género, status socioeconómico, idioma, status de inmigración y modo de incorporación en los Estados Unidos, moldean sus respectivas experiencias.

De acuerdo con el censo antes mencionado, dos tercios de todos los “latinos” de los Estados Unidos eran de origen mexicano, lo que equivalía a 21,6 millones de personas aproximadamente.²⁸ Mientras que se reportaba que un 66,1% de las personas de origen latinoamericano en los Estados Unidos era de antecedentes mexicanos, alrededor de un 14,5% poseía orígenes centro y sudamericanos, un 9% provenía de Puerto Rico, otro 4% de Cuba y cerca de un 6,4% restante tenía orígenes vinculados a otros países latinoamericanos.²⁹

La población de origen latinoamericano en los Estados Unidos puede ser encontrada a través de todo el país, aunque tiende a estar mayoritariamente concentrada en ciertas regiones: principalmente en el suroeste (sobre todo en California y Texas), el nordeste, el sur de la Florida y un número considerable de centros urbanos del medio oeste. Alrededor del 84% de ella se concentra en nueve estados (California, donde constituyen el 32,4% de la población total del mismo; Texas, donde representan alrededor de un 32%; New York, el 15,1%; Florida, el 16,8%; Illinois, el 12,3%; Arizona, el 25,3%; New Jersey, el 13,3%; Nuevo México, el 42,1%; el 25,5%; y Colorado, donde representan el 17,1% del total de

²⁶ Ver *U.S. Hispanic Population 2000*, Power Point Presentation by the Special Projects Staff and Ethnic and Hispanic Statistics Branch. U.S. Census Bureau, 2000.

²⁷ Genaro C. Armas, “Hispanic Now Outnumber Blacks in U.S.”, *The Associated Press*, January 22, 2003.

²⁸ *U.S. Hispanic Population 2000*, Ob. cit.

²⁹ Ver, Current Population Survey-March 2000, U.S. Census Bureau.

habitantes.³⁰ El 50% de la población “latina” en los Estados Unidos vive en California y Texas.³¹ California es el hogar de más de 11,9 millones de hispanos y Texas el de 7,3 millones. Se pronostica que para el 2025 la población “latina” de Texas llegue a alcanzar unos 10,2 millones, lo que representaría aproximadamente un 37,6% del total.³² Los Ángeles, y a continuación Houston, tienen las mayores poblaciones de origen latinoamericano de todo los Estados Unidos. De hecho, Los Ángeles es la tercera mayor ciudad hispanohablante en el mundo, después de Ciudad México y Buenos Aires, en Argentina.³³

Empero, la mayor proporción de “latinos” con respecto al total poblacional por estados lo tiene Nuevo México (que en el 2003 era de alrededor del 43%). Le siguen California y Texas (con 34% cada uno aproximadamente en ese mismo año), Arizona, Colorado, Florida y Nueva York, en ese orden.³⁴

Sin embargo, a pesar de la predominante concentración en las áreas antes mencionadas, en las dos últimas décadas ha aumentado la dispersión de las personas de origen latinoamericano a otras áreas diferentes a las de los asentamientos “tradicionales”, fenómeno que al parecer se intensificará en los próximos años. Entre 1990 y el 2000 varios de los estados que han experimentado un mayor crecimiento de su población “latina” están fuera de sus tradicionales “enclaves”. Ellos son: North Carolina, Arkansas, Georgia, Tennessee y South Carolina.³⁵

El análisis de clase resulta sumamente importante para comprender la verdadera situación de la población “latinoamericana” en los Estados Unidos. Es evidente el incremento de un sector de clase media “latino” en pleno ascenso —que exhibe resultados alentadores en términos de acceso a mejores oportunidades en la educación, la salud, el empleo, así como a núcleos de relativa prosperidad, y parecen haber logrado el “sueño americano” si se entiende por este la posesión de bienes y cierta estabilidad económica— pero este no es representativo del total de esa población. La mayoría de las personas de origen latinoamericano, en cambio, se ubican en los estratos más bajos de la sociedad.³⁶

De otra parte, los patrones de empleo de las personas de origen latinoamericano en los Estados Unidos condicionan también sus estándares de vida inferiores con respecto a los estadounidenses blancos de origen europeo, e incluso a otros sectores

³⁰ *Current Population Survey-2003*, U.S. Census Bureau, Issued September 2003.

³¹ *Ibíd.*

³² “Texas Population Projection: 1995 to 2025”, U.S. Census Bureau, *Population Paper*, #47.

³³ *Current Population Survey-2003*, Ob. cit.

³⁴ *Census Brief. The Hispanic Population in the United States-2003*. U.S. Census Bureau, Issued August 2003.

³⁵ *Hispanics in the United States: An Insight Into Group Characteristics*, January 14, 2000.

³⁶ En este sentido resulta muy sugerente la reflexión de Frank Bonilla en “Testimonio”. (Manuscrito entregado al CESEU en el año 2003.)

“minoritarios”. En cuanto a las ocupaciones, los “latinos” están representados en una amplia gama de ellas. De acuerdo con el Censo de 2000, la cifra de médicos y cirujanos “latinos” en los Estados Unidos era de 36 200. Existían además alrededor de 51 400 profesores “latinos” de educación posecundaria; 34 700 jefes ejecutivos de negocios; 28 600 abogados; 5 400 analistas de noticias, reporteros y corresponsales y 650 legisladores.³⁷ Sin embargo, esas actividades profesionales no son para las personas de origen latinoamericano en el contexto de los Estados Unidos las más representativas.³⁸ Por el contrario, las ocupaciones más frecuentes entre los latinos en marzo de 2000 eran, en ese mismo orden: trabajadores de servicios, la producción de precisión, la reparación, y la transportación.³⁹ En el 2003 se registraba un 22% de los latinos trabajando en ocupaciones de servicio; otro 21% laboraba como operadores y obreros, y solo un 14% aproximadamente en puestos de dirección y profesionales.⁴⁰

El ejército ha constituido durante mucho tiempo una ocupación “provechosa” para los representantes de grupos “minoritarios” en los Estados Unidos, entre ellos los “latinos”. En el año 2002 aproximadamente 63 000 personas de origen latinoamericano estaban en servicio activo. El número de ex militares (veteranos) “latinos” de las fuerzas armadas de los Estados Unidos era de 1,1 millones aproximadamente.⁴¹ Ello también los convierte en uno de los grupos —con respecto a la población total de los Estados Unidos— que ha aportado un mayor porcentaje de víctimas en las contiendas bélicas libradas por las fuerzas armadas de ese país en los últimos años.

El subempleo, pero también el desempleo, son duras realidades que aquejan a una porción de la población “latina” en los Estados Unidos. En el año 2000 se reportaba que la tasa de desempleo entre las personas de origen latinoamericano era del 7% (con respecto a la población económicamente activa del país), mientras que para los “blancos no hispanos” era del 3,4%. Entre los grupos “latinos”, 8,1% de los “puertorriqueños”, 7% de los de origen mexicano, 5,8% de los “cubanoamericanos” y 7,8% de los de los restantes orígenes vinculados a América Latina estaban

³⁷ http://www.census.gov/Press-Release/www/releases/archives/census_2000/001633.html

³⁸ En el año 1997 solo el 11% de los trabajadores en los Estados Unidos que eran nacidos (*foreign-born*) en América Latina tenían ocupaciones profesionales o de dirección. Dentro de ellos, existían notables diferencias entre los suramericanos (23%) y los mexicanos (6%). Para los nativos, en cambio, era de aproximadamente un 30%. Por el contrario, el 72% de los trabajadores de los Estados Unidos que eran nacidos en América Latina estaban empleados en los servicios, en trabajos manuales o agrícolas, Census Brief. Coming From the Americas: A Profile of the Nation's latin American Foreign Born. Issued September 2000.

³⁹ *The Hispanic Population in the United States-March 2000*, U.S. Census Bureau, *Current Population Reports*. Issued March 2001.

⁴⁰ <http://www.census.gov/Press-Release/www/2003/cb03-100.html>

⁴¹ http://factfinder.census.gov/servlet/DatasetMainPageServlet?_program=ACS&_lang=en&_ts=99843395
607

desempleados en marzo de 2000.⁴² La tasa de desempleo para los “latinos” ascendió al 8,1% en marzo de 2002, mientras para los “blancos no hispanos” era del 5,1% en igual fecha; e incluso de acuerdo con datos del primer trimestre del 2003, durante una fase recuperativa de la recesión esos índices apenas sufrieron variaciones con respecto al año anterior.⁴³

Otros datos reflejan la persistencia de una discriminación salarial contra los diferentes grupos etnoraciales. Un 29% de los “latinos” ganaba en el año 2000 menos de 10 000 dólares y solo un 5% tenía ingresos de \$50 000 USD o superiores.⁴⁴ Las personas de origen latinoamericano que reciben ingresos superiores a los 35 000 dólares al año estaban representados a inicios de 2003 en una mucho menor proporción (26,3%) con respecto a los “blancos no hispanos” en esa misma categoría (53,8%). Entre los grupos más representativos con respecto al nivel de ingresos señalado, los datos se comportaban de la siguiente manera: la menor proporción una vez más para los de origen mexicano (23,6%), y por cientos aproximados para los “puertorriqueños” y los “cubanoamericanos” (34,8 y 34,3 respectivamente).⁴⁵ La cifra de autoempleo o de trabajadores por cuenta propia entre los inmigrantes mexicanos en ese mismo año era del 5,6%, muy inferior a la de otros grupos y con respecto al total de los inmigrantes nacidos en el exterior – que era del 10,7%.⁴⁶

De manera general, los “latinos” realizan importantes contribuciones a la economía norteamericana, al realizar cualquier tipo de trabajo por salarios mucho más bajos que otros grupos sociales. Eso explica que en etapas de crecimiento económico se flexibilicen las políticas para facilitar la entrada de inmigrantes de origen latinoamericano, pues ellos constituyen la principal fuente de mano de obra barata. Sin embargo, generalmente se aprecia en el ciudadano medio “norteamericano” una tendencia a responsabilizar a las personas de origen latinoamericano con los principales males que aquejan a esa sociedad. Como resultado de la manipulación política e ideológica, a la cual contribuyen en una considerable magnitud los principales medios de difusión, se responsabiliza a los latinos por la pérdida de empleos, por los problemas medioambientales, por las insuficiencias del sistema educativo, por el incremento de las conductas delictivas, la violencia y la

⁴². “Ethnic and Hispanic Statistic Branch. Population Division”, U.S. Census Bureau, *Current Population Survey-March 2002*, Internet Release date: June 18, 2003.

⁴³ Además de las fuentes censales mencionadas en varias ocasiones y la tesis de Luis René Fernández, se ha consultado “The Employment Situation” *The Wall Street Journal* online, May 2003, June 6, 2003 en <http://www.bls.gov/news.release/empsit.nr0.htm>.

⁴⁴ “Power Point Presentation by the Special Projects Staff and Ethnic and Hispanic Statistics Branch”, *U.S. Hispanic Population 2000*, U.S. Census Bureau, 2000.

⁴⁵ Luis René Fernández Tabío, CESEU, 2004. p. 59.

⁴⁶ Steven A. Camarota, “Immigrants in the United States- 2000. A Snapshot of America’s Foreign-Born Population”, Center of Immigration Studies, January 2001.

criminalidad, entre otros tantos problemas inherentes a ese tipo de sociedad. Esto responde a una estrategia diseñada para desviar la atención de los posibles cuestionamientos a la esencia del sistema que fomenta esas conductas y se relaciona ideológicamente una vez más con el tema de las “amenazas”. Para los Estados Unidos, siempre “la amenaza” es externa, viene desde afuera, procede de una cultura ajena,⁴⁷ aun cuando muchas de esas personas sean un resultado de los procesos de socialización y resocialización vivenciados al desenvolverse en la sociedad “norteamericana”.

Otro de los ámbitos en los que se expresan las desigualdades que perjudican especialmente a las personas de origen latinoamericano si se le compara con otros grupos sociales es en el educacional. De hecho, el bajo nivel educacional se convierte en un obstáculo para el acceso a determinadas ocupaciones en el mercado laboral y para la asimilación en general. Así, por ejemplo, en el año 2000, más de dos de cada cinco “latinos” —como promedio— no estaban graduados de *High School*. El porcentaje de la población “latina” de 25 años y más graduada al menos de *High School* en el año mencionado, era menor que el de los blancos no hispanos (57,0% y 88,4%, respectivamente). La proporción con un grado de bachiller o más era también inferior para los “latinos” (10,6%) comparados con los “blancos no hispanos” (28,1%).⁴⁸

La dimensión política

El crecimiento vertiginoso de la población de origen latinoamericano en los Estados Unidos, y su tendencia al rejuvenecimiento, trae aparejado un incremento de su importancia electoral. En los últimos años ha tenido lugar un crecimiento significativo del número de “latinos” empadronados para votar. Si bien en las últimas décadas (de 1970, 80 y 90) del siglo XX las influencias electorales de los “latinos” se hicieron palpables en el nivel local y estadual, también el advenimiento de la presente centuria trajo aparejado un reconocimiento a nivel nacional de esa población como un por ciento significativo del electorado en varios de los principales estados que aportan la mayoría de los votos electorales.

En la contienda electoral del año 2000 los votantes “latinos” desempeñaron un importante papel, representando según las encuestas alrededor de un 7% del voto presidencial.⁴⁹

⁴⁷ Esa idea ha servido incluso de basamento a sus concepciones de seguridad nacional. No es casual, por lo tanto, que el tema de la migración se considere uno de los temas de mayor importancia en la actualidad en cuestiones de seguridad nacional.

⁴⁸ *Statistical Abstract of the United States 2004*, U.S. Census Bureau. Education, 2004.

⁴⁹ Armando Navarro, *The Mexican Political Experience in Occupied Aztlán: Struggles of Resistance and Change*, California, U.S.A., P. 708, en Internet: Exit Polls.

El electorado latino es uno de los segmentos más dinámicos y heterogéneos del público votante estadounidense; una compleja mezcla de ciudadanos nacidos en los Estados Unidos e inmigrantes que han adquirido la ciudadanía a través de un proceso de naturalización. Comprende individuos de muy diversos orígenes y personas de diferentes niveles de bienestar socioeconómico. Además, no se caracteriza por mantener opiniones uniformes; es más bien una población diversa cuyas opiniones se ven conformadas por una abigarrada variedad de temas que entrecruzan las lealtades partidistas.

A pesar de la creciente importancia del electorado “latino” en los Estados Unidos” debe tomarse en cuenta que este solo constituye una porción de la población “latina” en edad para votar, y al mismo tiempo representa un sector distintivo de ella, en tanto posee características que difieren de la población adulta en general.

En primer lugar, unos cuatro de cada diez latinos en edad de votar no son elegibles para ir a las urnas porque son inmigrantes que no han adquirido la ciudadanía. De otra parte, dos tercios (66%) de los electores son nacidos en los Estados Unidos continental y otro 8% en Puerto Rico, donde son ciudadanos por derecho de nacimiento. Solo poco más de una cuarta parte (26%) de los votantes elegibles latinos nació en un país distinto de aquellos (encontrándose subrepresentados con respecto a la proporción que representan los inmigrantes del total de la población “latina” de 18 años o más). En comparación con los inmigrantes “latinos” que no son ciudadanos, es más probable que los votantes elegibles latinos hablen inglés y cuenten con mayores niveles educacionales y de ingresos.⁵⁰

En las últimas elecciones, de 2004, los “latinos”, y los “latinos jóvenes” en particular, fueron considerados por los candidatos a la Presidencia como un objeto primordial de sus campañas políticas.⁵¹

Una mirada a los resultados de esas elecciones permite apreciar que los latinos apoyaron a John Kerry mayoritariamente (con un 56%), aunque esa cifra representa un cinco por ciento menos que en el año 2000, cuando Albert Gore alcanzó el 61% del voto de los electores de origen latinoamericano. Sin embargo, George W. Bush logró el 71% del voto de la comunidad cubanoamericana en el sur de la Florida. En otras palabras, mientras el electorado latino de conjunto favoreció a Kerry, los cubanoamericanos apoyaron en un más alto por ciento (con respecto al 56% representado por el total de latinos que votó por su contrincante) a Bush.⁵² Eso se corresponde adecuadamente con las tendencias políticas que caracterizan a esa

⁵⁰ Roberto Suro, “Los latinos de Estados Unidos y la elección de 2004”; *Foreign Affairs* (en español), Vol.4, No.4, 2004, p.10.

⁵¹ “Los candidatos presidenciales se enfocan en los hispanos de la generación X”, *PRNewswire*, Wednesday, August 04, 2004, 00:31; en *LaTribunaHispana*. (Publicación Electrónica.)

⁵² Consúltese el trabajo de Soraya Castro Mariño, *Las elecciones del 2004 y la validación de la agenda conservadora extrema*, Informe de Investigación, CESEU, Ciudad de La Habana, noviembre de 2004.

población por sectores (establecidos a partir de sus diferentes orígenes nacionales), pues los cubanos difieren también en cuanto a la afiliación política del resto de los “latinos”, tienden a ser más conservadores y votan por candidatos republicanos, a diferencia de estos últimos.

No obstante, resulta interesante que si este dato se compara con las elecciones de 2000, Bush también experimentó una pérdida de más de un 11% del voto cubanoamericano, que en aquel año representó el 82,7% del total de esa porción del electorado.⁵³ Al decir de la investigadora Soraya Castro, es muy probable que esa disminución se deba a una reacción de parte de esa población contra las medidas restrictivas aprobadas por la Administración Bush a partir de lo que se ha dado en conocer como Informe Powell (o más exactamente Informe de la “Comisión Para Asistir a una Cuba Libre”).⁵⁴

Entre el año 2000 y el 2004 había 22 latinos —que abarcaban siete estados diferentes— en el Congreso de los Estados Unidos, específicamente en la Cámara de Representantes. De ellos, 15 eran de origen mexicano, cuatro “cubano-americanos” y tres “puertorriqueños”.⁵⁵ En estas elecciones, los latinos adquirieron un escaño adicional en la Cámara de Representantes con respecto al período anterior, aunque todavía están subrepresentados —con excepción de los cubanoamericanos— con respecto a su tasa poblacional.⁵⁶ Es decir, ahora suman 23 los miembros “latinos” de la Cámara de Representantes. De ellos, 19 son demócratas y cuatro republicanos.

Empero, el rasgo más distintivo del actual período es el ascenso simultáneo al Senado de dos representantes de origen latinoamericano, hecho sin precedentes en la historia estadounidense. Hasta el momento, nunca había habido más de un “latino” al mismo tiempo en el Senado de los Estados Unidos. En la historia de ese país, solo tres “latinos” habían sido senadores federales hasta el 2004, y los tres representaron al estado de Nuevo México, siendo elegido el último de ellos en 1970.⁵⁷

Como resultado de los considerables esfuerzos realizados en el período 2003-2004 —durante el cual se lanzaron cuatro importantes campañas de latinos para el Senado de los Estados Unidos— en el año 2004 se integraron a la Cámara Alta del Congreso como representantes de las comunidades de origen latinoamericano en ese país, Ken Salazar—demócrata de origen méxicoestadounidense electo como senador federal por el estado de Colorado— y Mel Martínez —republicano de

⁵³ Estos datos también se han extraído del Informe de Investigación antes mencionado.

⁵⁴ *Ibíd.*

⁵⁵ David R. Ayón, “El Asalto Latino al Senado en 2004”, *Foreign Affairs* (en español), Vol. 4, No. 4, 2004, p. 16.

⁵⁶ Soraya Castro Mariño, *Ob. cit.*

⁵⁷ David R. Ayón, *Ob. cit.*

origen cubano electo por el estado de la Florida.⁵⁸ Sin embargo, la verdadera magnitud y el sentido de la influencia que ejerzan desde ese importante espacio político⁵⁹ es un asunto que merece una discusión aparte. Por ahora, me limito a señalar que no parece que puedan esperarse ni importantes colaboraciones entre ambos senadores de origen latino —dadas sus diferentes afiliaciones partidistas—, ni resultados positivos de su ejercicio del poder desde la posición en que se encuentran con respecto al diseño de la política exterior de esa Administración hacia los países latinoamericanos con los que están relacionados a partir de las comunidades que representan; en un caso, el de Ken Salazar, porque no tiene vínculos por nacimiento ni emocionales cercanos con México, al ser nacido y socializado enteramente en los Estados Unidos; y en el otro, el de Mel Martínez, pues representa al sector más extremista de la comunidad cubanoamericana en los Estados Unidos, por lo que de él solo puede esperarse que sirva como un instrumento más a los intereses de la Administración Bush de recrudecer la política hacia nuestro país.

De cualquier modo, para analizar el verdadero impacto que puede derivarse en lo adelante de la presencia de estos dos representantes de origen latinoamericano en el Senado, hay que tomar en consideración un conjunto de factores, entre ellos el origen nacional, su afiliación partidista, su experiencia e intereses en cuestiones de política exterior y la actual composición del Senado y el Congreso de los Estados Unidos, además de la coyuntura interna estadounidense y la global.

El propio concepto de *comunidades transnacionales* o *diásporas* entraña una relación de dependencia de las mismas de las dinámicas del entrelaje entre la realidad de América Latina y las políticas norteamericanas. Históricamente, las preocupaciones por las situaciones en sus respectivas naciones de origen han definido la actividad política de varias de esas comunidades “latinas”.⁶⁰ Sin embargo, esas preocupaciones raramente han sido canalizadas a través de las instituciones de política exterior tradicionales, por una parte porque se les ha limitado considerablemente el acceso a los centros de decisión y formulación de política exterior; y sobre todo porque sus posiciones entran en contradicción con las de los sectores dominantes. No puede obviarse que la principal excepción la constituye en ese sentido la comunidad cubanoamericana, la cual debido a razones

⁵⁸ Ver trabajo de Soraya Castro antes citado, así como “Special Report”, *Newsweek*, November, 15, 2004, pp. 30-32.

⁵⁹ Entre otras importantes prerrogativas con que cuenta, la Constitución otorga al Senado un papel privilegiado en materia de política exterior (es de su exclusiva competencia el cuestionamiento y confirmación de las nominaciones a los puestos más importantes relacionados con la política exterior, así como la confirmación de los tratados firmados por el Presidente).

⁶⁰ Ver María de los Ángeles Torres, “Latinos and U.S. Policies Toward Latin America: A Case Study of the 1988 Presidential Campaign”, *Latino Studies Journal*, Vol.I, Center for Latino Research, De Paul University, Chicago, September, 1990.

políticas asociadas a los intereses de los propios sectores de poder tradicionales, ha sido privilegiada en términos de tener mayor capacidad de influencia en el Congreso de los Estados Unidos y en la definición de la política exterior hacia Cuba representando los intereses de la extrema derecha de esa comunidad, para lo cual han conformado lobby y organizaciones como la “Fundación Nacional Cubano-Americana”.

La participación política no se reduce, por supuesto, a la participación electoral. Algunos estudios comparativos de la participación de los “latinos” adultos (mayores de 18 años) en actividades públicas con respecto a la de la población adulta total en los Estados Unidos,⁶¹ han mostrado como resultado niveles de participación bastante similares entre ellos. Asimismo, en ambos casos ocurre que un por ciento minoritario (que no rebasa en ninguno de ellos el 25%) se distingue por su destacada actividad política de manera notoria del resto del grupo.⁶² La socialización política condiciona el comportamiento y las conductas políticas de los sujetos en cuestión, pero esta es el resultado de la acción de múltiples instituciones y agentes socializadores formales e informales.

Sin embargo, la participación política tampoco es medible exclusivamente en términos cuantitativos. De hecho, el poder de un grupo no se mide única ni determinadamente en términos de su tamaño absoluto. La realidad ha demostrado y continúa haciéndolo que un grupo pequeño numéricamente puede dictar la agenda social y política a través de una voz “alta”, “unificada”, y manipulando el público a través de los medios. Por el contrario, la mayoría de los grandes grupos cuyos puntos de vista no son articulados como mensajes en los principales medios de difusión, no logran un resultado político efectivo. En los Estados Unidos el poder político se determina económicamente; es decir, se encuentra en manos realmente de los sectores económicos más poderosos, que son a su vez los que poseen el control de los medios de difusión. En consonancia con ello, las políticas públicas son determinadas por políticos electos en sus cargos que aparentan ser sensibles a las necesidades de grandes bloques de votantes, pero que en realidad representan los intereses de los grupos económicos que les han permitido ubicarse en esas posiciones de poder.

Los “latinos” en los Estados Unidos conservan una gran tradición de luchas para sobreponerse a la colonización, el nativismo, la discriminación, la explotación, la hostilidad, el racismo y la intolerancia.

Como ha señalado Geoffrey Fox, “...a un minority group lo define la mayoría, o sea, la cultura hegemónica, que lo ve como faltándole algo (el idioma, la

⁶¹ Dentro de ellos “*Total Audience Survey*”, conducido por Magazine Metrics en 1997, que aparece reseñado en *The Politization of US Hispanics* artículo de Roland Soong, 1999, publicado en Zona Latina’s.com .

⁶² Esos son los que Roland Soong, en el artículo antes mencionado, denomina “políticamente activos”.

escolaridad, la moral protestante, etcétera). Un movimiento nacional, en cambio, se define solo, o mejor dicho, lo definen sus dirigentes, agitadores y empresarios, con una agenda propia en oposición a la mayoría”.⁶³ El camino recorrido por la “minoría latina” para convertirse en un grupo de acción político-social ha sido largo y escabroso.

Por solo mencionar un ejemplo de uno de los grupos de origen latinoamericano de mayor historia de activismo político en los Estados Unidos, la oposición de los mexicanos a la ocupación de sus territorios a mediados del siglo XIX y el posterior enfrentamiento a la situación de opresión y explotación vivida durante las primeras décadas del siglo XX, la época de la Gran Depresión, el anarcosindicalismo y el “pachuquismo”—fenómeno cultural que evidenció la resistencia de los jóvenes ante la segregación y el racismo— se convirtieron todos en antecedentes del destacado accionar de las personas de origen mexicano durante las luchas por los derechos civiles de los años 60 y del Movimiento Chicano.⁶⁴

Los “latinos” estuvieron ampliamente representados, tanto en número de miembros, como en cantidad de organizaciones conformadas, en los movimientos por los derechos civiles, los de oposición a la guerra de Viet Nam, así como en otros surgidos al calor de aquellos y hasta unos años más tarde en algunos casos, que tendrían su sello distintivo, como el Movimiento Chicano de 1966 a 1974, y los de puertorriqueños organizados en contra de la ocupación de la isla por parte de los Estados Unidos, entre otros.

Sin embargo, desde los años 80 hacia acá, en parte por la reacción de las fuerzas conservadoras, pero debido también en buena medida a la escasez de líderes y organizaciones con suficiente poder de convocatoria, los movimientos organizados y las acciones desplegadas no alcanzan la magnitud de aquellos de las décadas anteriores. Las organizaciones que se pretenden nacionales carecen de base popular. La mayor parte de los activistas políticos no tienen un profundo conocimiento para guiar los cambios necesarios.

Las organizaciones pan-latinas existentes no han desempeñado tampoco en la mayoría de los casos un papel ostensiblemente efectivo, en parte porque sus objetivos y por ende los resultados alcanzados han sido más bien discretos, focalizados en determinados problemas, y en otro sentido por el carácter más bien limitado y local de sus acciones, así como por contradicciones clasistas y regionales que atentan contra la movilización de otros sectores poblacionales. La falta de una

⁶³ Geoffrey Fox, “Los Latinos en U.S.A.: Una Nación Virtual”, *Hispanic Nation*, p. 2, en <http://www.revistanumero.com/14latin.html>.

⁶⁴ Para profundizar en la historia de lucha del pueblo “mexicano” en los Estados Unidos recomiendo remitirse al artículo de Mariángela Rodríguez, “La migración de mexicanos a Estados Unidos: importante proceso de creación cultural y de construcción de identidades”, en <http://www.memoria.com.mx/149/Rodríguez.htm>.

sólida identidad común, indispensable para aglutinar a los “latinos” más allá de las características que los distinguen por sus diferentes orígenes y peculiaridades culturales y socioeconómicas, constituye un obstáculo considerable a los propósitos de desarrollar proyectos y acciones transformadoras colectivas que permitan subvertir el actual statu quo y propiciar el ascenso político de los “latinos” en la sociedad “norteamericana”.

Es a nivel comunitario donde se mantiene una mayor efervescencia política y social transformadora, pero se necesita de organizaciones y acciones a mayor escala.

Al decir del propio Dr. Armando Navarro, el reto principal para los “latinos” como fuerza política en los Estados Unidos actualmente es el de articular un fuerte movimiento políticosocial de carácter popular liderado por figuras capaces y que estén comprometidas fielmente con los objetivos de los sectores más desfavorecidos, que a la vez constituyen la mayoría de esa población, encaminándolos hacia una estrategia que incluya tanto el uso de tácticas electorales como de acciones directas y promoviendo un cambio de visión que presente una alternativa factible al sistema “neoliberal”capitalista.⁶⁵

Como resultado de los logros legislativos conseguidos para las “minorías” por los movimientos sociales iniciados en los sesentas, así como a factores demográficos y a la consiguiente magnitud alcanzada por las personas de origen latinoamericano dentro del electorado de los Estados Unidos, a partir de la década siguiente a aquella los “latinos” comenzaron a acceder en números crecientes a cargos públicos, y a pesar de la reacción conservadora de los 80, desde finales de esa década han venido manifestando un crecimiento sin precedentes en ese sentido.⁶⁶

Sin embargo, en el nivel local es donde sus influencias han sido más inmediatas. Los “latinos” han establecido importantes diferencias en elecciones locales y estatales. Aunque paulatinamente, y con mayor fuerza desde el 2000 hacia acá han venido ampliando su margen de acción demostrando que su participación electoral puede ser definitoria también en algunos estados durante campañas presidenciales reñidas. Eso ha acrecentado la importancia de esas comunidades para ambos de los principales partidos políticos del país: Demócrata y Republicano (para el primero, porque siempre ha contado con el voto positivo de la mayor parte de esos electores, con excepción de los de origen cubano; y en el caso del segundo,

⁶⁵ Este reto ha sido planteado por el mencionado politólogo en varios de sus artículos y libros. Para constatarlo, puede consultarse el trabajo “Los latinos en la política de Estados Unidos: El mejor de los tiempos, el peor de los tiempos”, *Revista Viceversa*, No. 80, enero, 2000.

⁶⁶ En 1986, según datos de la NALEO (Nacional Association of Latino Elected and Appointed Officials), se estimaba que había 3202 latinos ocupando puestos elegidos, lo que representaba un incremento de más del 300% desde 1973. Véase María De los Ángeles Torres, “Latinos and U.S. policies toward Latin America: a case study of the 1988 presidential campaign”, *Latino Studies Journal*, Vol. I, Issue III. September, 1990.

porque su principal reto consiste en reducir la ventaja ganada por el partido rival entre los “latinos”).

De otra parte, aunque en las últimas décadas los latinos electos para cargos políticos a nivel estadual y federal han incluido mayoritariamente en sus agendas temas de política exterior, así como otros de política interna referidos a los principales problemas que enfrentan las comunidades que ellos representan, su capacidad de acción ha sido más bien limitada, tanto por los obstáculos que encuentran en el ejercicio de sus poderes, así como porque no pocos se sienten atados por los compromisos contraídos con grupos de intereses económicos que los han apoyado en su elección y traicionan los objetivos de la mayoría de la población a la que representan.

Tendencias futuras y retos para las ciencias sociales

Proyecta que la población “latina” de los Estados Unidos para el 1ro de julio del año 2050 será de unos 102,6 millones. De acuerdo con esta proyección, esas personas constituirán aproximadamente un 25 % del total de la población del país en esa fecha, si se mantiene el actual ritmo de crecimiento de ese grupo poblacional. Es decir, casi 67 millones de personas de origen hispano se agregarían a la población de la nación entre los años 2000 y 2050, según esta proyección. El proyectado crecimiento porcentual —188%— significaría casi una triplicación de las cifras actuales.⁶⁷

Parafraseando a Juan Flores, experto en temas latinoamericanos del Centro David Rockefeller de la Universidad de Harvard, el fantasma de la “nación alien” —actitud xenófoba ante la inmigración y el crecimiento de las minorías étnicas— revela otra fobia más profunda, la del fantasma de la “mayoría no blanca”.⁶⁸

En ese sentido, la creciente presencia “latina” ha traído consigo un incremento de las reacciones desde posiciones de intolerancia étnica, racial y cultural, por parte de quienes intentan mantener el poder absoluto de la raza blanca, los valores y la cultura anglosajona y el protestantismo religioso, y que paradójicamente se erigen en “paladines” de la democracia y la igualdad social ante la opinión pública nacional y ante el mundo. Se adecuan perfectamente a este planteamiento las ideas finales expresadas por Carlos González Gutiérrez en su artículo “Entre la asimilación y el multiculturalismo. Las relaciones mayoría-minorías en los Estados Unidos”:

“A pesar de que los Estados Unidos son una nación de inmigrantes, hoy en día, ni el ideal de la sociedad multicultural ni la convicción de que los nuevos inmigrantes

⁶⁷. “Minority Purchasing Power: 2000 to 2045”, *Minority Business Development Agency*, U.S. Department of Commerce, Issued September 2000.

⁶⁸ Juan Flores, “Nueva York, Diaspora City, Latin@s Between and Beyond”, *DRCLAS News*, Harvard University. U.S., 2000.

serán a la larga “asimilados” son valores compartidos por todos. La frustración colectiva que producen los problemas económicos del país, la manipulación del tema con propósitos electorales de corto plazo, pero principalmente la cambiante composición étnica de la sociedad, generan desconfianza hacia los recién llegados. En la medida en que la intolerancia y la xenofobia propicien la erosión de los derechos fundamentales de los inmigrantes (tales como el derecho a la educación o a la nacionalidad por nacimiento), en esa medida se minarán los derechos de todos, al debilitarse el compromiso a la pluralidad y al respeto a los derechos individuales sobre el que los Estados Unidos fundan su proyecto de nación”.⁶⁹

Asimismo, se espera que ya para el 2020 la población de origen latinoamericano en los Estados Unidos alcance los 53 millones y que su poder de gastos exceda un trillón de dólares.⁷⁰ No es sorprendente entonces que políticos, hombres de negocios y educadores hagan sus mayores esfuerzos por conectarse efectivamente con ese grupo.

“El gigante dormido”, como han denominado algunos expertos al fenómeno demográfico y cultural derivado de la avalancha “latina” en los Estados Unidos, ha comenzado solamente a mostrar los principales indicios de su potencial comercial, económico, cultural y político; lo que debe ser seguido bien de cerca en las próximas décadas, en las que pueden producirse cambios y sucesos de interés en ese sentido.

Al mismo tiempo, constituye un importante reto para las ciencias sociales, pues dada la importancia sociológica y al mismo tiempo política que reviste el fenómeno analizado, aquellas deben contribuir desde perspectivas intra, trans, inter y multidisciplinarias a lograr una mejor comprensión de la gran diversidad, dinamismo y complejidad que caracteriza a la población de origen latinoamericano en los Estados Unidos, fomentando de manera creciente estudios de carácter predominantemente cualitativos.

Mientras para un sector minoritario de los “latinos” ha comenzado una época de crecimiento económico, apertura y ascenso político, para la mayoría de esa población se presentan tiempos de marcado racismo e intolerancia. El futuro es esperanzador para los primeros, e incierto y ensombrecido para la mayor parte de esa población que, mientras crece demográficamente, se reafirma como un sector relegado a uno de los más bajos status en la estructura social norteamericana, lo cual valida la hipótesis elaborada al inicio de este trabajo.

⁶⁹ Carlos González Gutiérrez, “Entre la asimilación y el multiculturalismo. Las relaciones mayoría-minorías en los Estados Unidos”, en *¿Qué son los Estados Unidos?*, Rafael Fernández de Castro y Claudia Franco Hijuelos (compiladores), ITAM, México, 1996, p. 264.

⁷⁰ Lisa Quiroz and Roan Kang, “Connecting with U.S. Hispanics. Understanding Hispanic Identity and The Importance of Culturally Relevant Media”; *DRCLAS News*, Harvard University, Spring 2000, y de “Minority Purchasing Power: 2000 to 2045”, Ob. cit.

Al parecer, solo una transformación radical de la situación actual en el contexto de la sociedad “norteamericana”, podría producir un mejoramiento de su status social a la par de otros grupos sociales. Sin embargo, ello impone un considerable reto para los “latinos” como fuerza política, para lo cual necesitan, en primer lugar, aunar fuerzas y articular un movimiento político social que propicie el desarrollo de proyectos y acciones colectivas en pos del cambio.

Al decir del profesor Frank Bonilla, académico destacado de origen puertorriqueño y personalidad comprometida políticamente con la lucha de los “latinos” en los Estados Unidos:

“El desafío para los *Hispanos* es organizar una respuesta unificada, aprovechando todos sus recursos y capacidades para formar parte integral del movimiento para establecer el complejo de fuerzas que intensifican la desigualdad, la pobreza, la pasividad política, explotación y aislamiento social, no solo en sus propias filas, sino en los Estados Unidos como un todo. Esto significa tomar la iniciativa y aprovechar toda oportunidad de participar en el debate académico, la evaluación de políticas, y movimiento organizado para reasignar prioridad a los derechos humanos a pesar de las limitaciones que confrontan todas esas medidas. Esas restricciones y los enigmas que envuelven han perturbado las disciplinas, instituciones y hasta la filosofía social. Tenemos que recordar que las transformaciones sociales que afectan la dinámica racial, de clase y de género exigen paciencia y compromiso y una resistencia incondicional a cualquier tendencia de sumisión o autoaislamiento.”⁷¹

⁷¹ Frank Bonilla, “Hispanics in a Multicultural Society: A New American Dilema” (ensayo escrito en colaboración con Alberto M. Camarillo), Chapter 4 in *America Becoming: Racial Trends and Their Consequences*, Neil J. Smelser, William J. Wilson and Faith Mitchell (editors), Vol. I, National Academy Press, Washington D.C., 2000.